



SI NO TENGO AMOR ...

Hermano Yannick Houssay, s.g.

Enero 2008 - Circular n° 301

HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA

INTRODUCCIÓN	3
I JESÚS, MAESTRO DE CARIDAD	7
A) UN AMOR DE NOMBRE JESÚS.	7
B) ¿CON QUÉ AMOR AMO AL SEÑOR ?	11
C) UN AMOR QUE EVANGELIZA.	13
D) UN AMOR QUE SANA.	15
II VIDA FRATERNA	19
A) LA COMUNIDAD, REFLEJO DEL DIOS TRINIDAD.	20
B) LA COMUNIDAD, LUGAR DE ENCUENTRO CON DIOS.	22
C) LA COMUNIDAD FUNDADA EN LA CONFIANZA.	23
D) LA COMUNIDAD, ESCUELA DE DISCERNIMIENTO.	26
E) LA COMUNIDAD QUE HAY QUE CONSTRUIR CADA DÍA.	27
III HERMANOS CONVOCADOS Y ENVIADOS	31
A) LOS HERMANOS NO SE HAN ELEGIDO.	32
B) LOS HERMANOS SON ENVIADOS.	33
C) CADA COMUNIDAD ES ENVIADA EN MISIÓN.	35
D) LA COMUNIDAD, PRIMER TERRENO DE MISIÓN	40
IV A IMAGEN DE CRISTO CASTO	45
A) LA OPCIÓN DEL CELIBATO CONSAGRADO.	46
B) ¡SER HIJO Y HERMANO COMO JESÚS !	49
C) DESPRENDERSE DE LA PROPIA VIDA PARA AMAR EN VERDAD.	50
CONCLUSIÓN	53

INTRODUCCIÓN

"*¡Mirad cómo se aman !... ¡mirad cómo están dispuestos a morir unos por otros !...*"¹ decían con admiración los perseguidores paganos de los primeros cristianos de África.

Testimonio supremo, en efecto, el dar la propia vida por una justa causa. Lo que aquí asombra es la hondura de la fraternidad vivida por estos hombres y estas mujeres discípulos/as de Cristo. ¿De dónde viene este amor que los une tan intensamente entre ellos?

Hoy, los jóvenes y los adultos de nuestro tiempo quedan admirados ante el testimonio de hombres y mujeres que se comprometen radicalmente al servicio de los más pobres. El ejemplo de Madre Teresa sigue hablando. Amar al prójimo hasta

¹ Tertuliano, Apologeticum, XXXIX, 7, citado por Daniel Dideberg, s.j. en La Vie spirituelle, n° 772.

dar la vida, aunque fuera ofreciéndola enteramente con humildad, el servicio desinteresado, he aquí lo que despierta admiración.

Sin embargo, "*nuestros contemporáneos tienen dificultad en captar la unidad del doble mandamiento del amor, amor a Dios y amor al hermano, el misterio de Dios-Amor*" observa Daniel Dideberg². El don de sí para los demás los interpela, pero no ven cómo este amor por el hermano puede enlazarse y estar suscitado por el amor de Dios.

¿Acaso no podemos ver una ilustración de lo dicho en el resultado de la encuesta que la Congregación ha llevado a cabo, hace unos meses, entre los Laicos que comparten con nosotros la misión educativa? Les hemos planteado la pregunta: "¿Mediante qué aspecto de su vida el Hermano anuncia el Evangelio?" La respuesta dominante ha sido: "El compromiso al servicio de los jóvenes". Tiene que ser para nosotros motivo de alegría, porque los Hermanos quieren amar a Dios queriendo y sirviendo a los jóvenes. Sin embargo, no podemos menos que permanecer cautelosos ante el significado que se da a este servicio de la educación cuando en las respuestas recibidas constatamos que lo referente a la consagración del hermano, su vida de oración, los votos, está en última posición, con un número muy limitado de respuestas.

Evitaremos, sin embargo, sacar conclusiones demasiado precipitadas, conclusiones que es bueno resituar en el contexto del conjunto del cuestionario. En lo que aquí nos concierne, notemos tan sólo que las respuestas pueden reflejar un desconocimiento de lo que motiva al Hermano en el ejercicio de su misión. El amor a Dios y el amor al Hermano, dos dimensiones constitutivas del mismo amor, que deben habitar al hermano, se encuentran aquí como disjuntas. En esta circular, trataremos de comprender cómo

² en La Vie spirituelle n° 772, artículo "*Celui qui aime son frère aime Dieu*".

la vida fraterna es justamente el lugar donde se unen estas dos facetas del mandamiento del amor.

Al esforzarnos por vivir cada vez más en conformidad con Cristo al servicio del Reino, sabemos que somos no solamente un grupo de siervos eficaces en la puesta en marcha de nuestra misión, sino que también discípulos de Jesús convocados por él y enviados en su nombre al servicio de los niños y de los jóvenes. La llamada de Jesús nos hace Hermanos. Es el fundamento de nuestra existencia. La Iglesia nos lo recuerda: *"Una tarea en el hoy de las comunidades de vida consagrada es la de fomentar la espiritualidad de comunión ante todo en su interior"...*³

Miraremos, en primer lugar, a Jesús, el Hijo del Padre, Hermano de una multitud de Hermanos. Aquel, cuyo amor nos da vida, nos enseña a amar en verdad. Este amor evangeliza y sana.

Su ejemplo nos ayudará a reconocerlo en el hermano, y a construir pacientemente una comunidad fundada sobre su paciencia.

Convocados y enviados por el Señor, veremos luego cómo poner la riqueza de esta fraternidad al servicio de la misión, al servicio de los jóvenes.

Comprometidos en la vida consagrada, veremos por fin que el voto de castidad nos abre a un amor más grande y que nos hace hermanos de todos, a imagen de Jesús, signos de su presencia en el mundo.

Con la ayuda de María comprenderemos mejor, entonces, que ser Hermano es una gracia insigne, para nosotros y para el mundo. Este es mi deseo.

³ Caminar desde Cristo, n° 28

I

JESÚS, MAESTRO DE CARIDAD.

A) UN AMOR DE NOMBRE JESÚS.

"¿Qué es amar? "Las páginas de nuestras revistas, las pantallas de nuestros televisores y de nuestros ordenadores están llenas de esta búsqueda de amor. Muchos corren detrás de la dicha por experiencias que dejan profundamente insatisfechos. Una gran frustración, la sensación de no alcanzar nunca el gozo esperado y, en definitiva, el miedo a que la vida no tenga sentido, nacen de este desconocimiento.

¿Por qué tantos jóvenes hoy se hunden bruscamente, cuando parecen tenerlo todo para ser felices? ¿Qué significa este último grito de sufrimiento que representa el acto de atentar

contra su propia vida? En su búsqueda de felicidad, los hombres a menudo se encuentran presos de sí mismos. Chocan inconscientemente con el deseo de poseer para sí mismos. Y al hacerlo quedan en el umbral del verdadero amor. Reciben la vida de un Dios Amor, y ¡no le conocen! Están llamados a ser su imagen, y ¡no lo saben! ¿Quién se lo enseñará?

"El eros ebrio e indisciplinado no es elevación, 'éxtasis' hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre"⁴. El verdadero amor, por el contrario, es un descubrimiento del otro, una búsqueda del bien del otro hasta la renuncia de sí. Este Amor es éxtasis porque es un "camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí"⁵.

A lo largo de toda su vida terrenal, el Señor nos ha mostrado el camino. Podríamos releer muchos pasos del Evangelio. Nos hablan de forma muy elocuente del Amor del Hijo por el Padre, y de la misericordia de Dios hacia los hombres.

"¿Qué ha traído Jesús realmente? ... ¿Qué ha traído?... La respuesta es muy sencilla : a Dios. Ha traído a Dios, y con Él, la verdad sobre nuestro origine y nuestro destino... Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco."⁶

¿Qué descubrimos leyendo el Evangelio? A lo largo de todas las páginas entramos en un diálogo permanente de Jesús con su Padre, un coloquio en el cual Jesús mismo invita a sus discípulos a que entren.

Los gestos mismos de Jesús nos hablan de él. Desde los 12 años, Jesús quiso ocuparse de las cosas de su Padre. Lo indica por una toma de distancia ante María y José: ¡misterio de una relación única e insondable con el Padre! Más tarde, en el Jordán, una voz

⁴ Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n° 4

⁵ Ibid. N° 6

⁶ Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, p. 69

confirmará lo que después se manifestará a todos: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Mc 1, 11). Otro día, al entrar en el Templo con sus discípulos, se quedó desconcertado al ver la casa de su Padre convertida en una "cueva de ladrones" (Mc 11, 17). Con violencia, echa fuera a los vendedores.

El término que Jesús utiliza para dirigirse al Padre revela el secreto de su relación con Dios: ¡"Abba"! Esta palabra del niño a su padre, que ningún judío se hubiera atrevido a pronunciar dirigiéndose a Dios, es la señal de una relación filial tan intensa, tan insondable en su profundidad, que no deja de sorprendernos cuando la pronunciamos.

La relación de Jesús con su Padre es tan fuerte que los apóstoles, impresionados, le piden poder rezar como él lo hace. Le veían, en realidad, siempre preocupado por hacer la voluntad del Padre, y le veían aislarse siempre que podía para permanecer en su presencia. *"Se hablaba de él cada vez más, y mucha gente acudía a oírlo, y a que los curara de sus enfermedades. El, en cambio, solía retirarse a desplorado para orar"* (Lc 5, 15-16).

Para Jesús, el Sábado es el día de la salvación, el día de los favores concedidos por su Padre, el día por excelencia en que el Padre sana, salva, pone de pie. Y Jesús dice un día, con autoridad: *"Y a ésta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de su cadena en sábado?"* (Lc 13, 16).

Jesús nos muestra al Padre como padre misericordioso. En el Evangelio de Lucas vemos la mejor ilustración de todo esto a través de las tres "parábolas de la misericordia" entre las cuales está la del hijo prodigo. El Padre corre hacia el hijo que vuelve tras haberle abandonado. *"Se enterneció; salió corriendo, se le echó al cuello y le cubrió de besos"* (Lc 15, 20). El Padre, rebosante de alegría, acoge a aquel que se había perdido. No

comprende la amargura del hijo mayor que dispone, sin embargo, de todos los bienes de su Padre.

Todo el Evangelio testimonia del Amor que une el Padre con el Hijo, en el Espíritu. En realidad, mostrándonos a su Padre, Jesús habla también de sí. "*¿No crees que yo estoy con el Padre y el Padre conmigo?*" (Jn 14, 10). El amor que está en el Padre está en Jesús. En Lucas, las parábolas de la misericordia del Padre siguen inmediatamente tras esa "murmuración" de los fariseos: "*Ese acoge a los descreídos y come con ellos*" (Lc 15, 2). Ya que se le pone en entredicho – se le reprocha su bondad demasiado grande – él habla de su Padre. Pero habla también de sí. Da a conocer quién es.

En definitiva, a la pregunta planteada por el escriba: "*Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*" (Lc 10, 25) – pregunta que consiste en saber qué hacer para ser feliz –, Jesús responde: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo*" (Lc 10, 27).

"Dios, que mira por todos con paterno cuidado, ha querido que todos los hombres formaran una sola familia y se trataran unos a otros con espíritu de hermanos. En efecto, creados a imagen de Dios... tienen todos una e idéntica finalidad, que es Dios mismo. ... Por eso el amor de Dios y del prójimo es el primero y más importante de los mandamientos.... La plenitud de la ley es el amor" (Rom 13,9-10 cf. 1Jn 4,20).⁷

El Amor del Padre y del Hijo nos lo comunica el Espíritu. Por el bautismo, amar como Jesús es la vocación fundamental de todo hombre. Amados por Dios, estamos llamados a amarle y a amar como él nos ama. Nuestra vocación de bautizados y de consagrados consiste en ser cada vez más "hijo" del Padre y

⁷ Concilio Vaticano, Gaudium et Spes n° 24

"hermano" de nuestros hermanos los hombres, con una predilección hacia los más pequeños.

Esto coincide con otra palabra de Jesús que tanto tocaba el corazón de nuestro fundador: "*Es voluntad de vuestro Padre del cielo que no se pierda ni uno de esos pequeños*" (Mt 18, 14). Dejar entrar en nosotros, hasta las entrañas, estas palabras de Jesús, nos acerca al corazón ardiente del Padre cuyo amor, día tras día, debe consumir nuestro corazón.

B) ¿CON QUÉ AMOR AMO AL SEÑOR?

"*Simón, hijo de Juan ¿me quieres?*" (Jn 21, 16).

¿Por qué Jesús plantea esta pregunta? Poco antes, al oír decir al discípulo a quien Jesús amaba "Es el Señor", Pedro se había tirado al agua para alcanzarle, sin conseguirlo. Pedro ama a Jesús. Pero la pregunta del Señor desborda este acontecimiento. A aquel que le ha renegado y a quien va a confiar su rebaño, Jesús plantea la pregunta fundamental: ¿fundamentas tú tu vida en mí y en mí sólo?

A cada uno de nosotros, el Señor plantea esta pregunta: "A pesar de tu fragilidad y de tu pecado, ¿quieres amarme como yo te amo, como yo amo a cada hombre? ¿Quieres entrar en el movimiento de amor que tengo con mi Padre?"

Esta llamada a amar a Jesús y a amar como él, está en los cimientos de la existencia y de la vocación de todos los bautizados. Se trata de amar a Jesús y de amar al hermano o a la hermana como él los ama. Amar a Jesús, el Hijo del Padre y amar a aquel que me está cerca, son una sola cosa. No es posible amar al Señor sin amar a aquel que es su imagen a nuestro lado.

"... Cuando el Señor Jesús ruega al Padre para que *"todos sean una misma cosa... como nosotros lo somos"*, desplegando

perspectivas inaccesibles a la razón humana, insinúa una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y la caridad. Esta semejanza pone de manifiesto cómo el hombre, que es en la tierra la única criatura que Dios ha querido por sí mismo, no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino por la sincera entrega de sí mismo”⁸

Debemos escuchar esta llamada: “¿me quieres?”. Una llamada que viene de muy lejos, de Aquel que es el Totalmente Otro, pero que al mismo tiempo viene de muy cerca, del Espíritu del que somos el Templo. Y nos plantea esta pregunta en el hermano que llama a nuestra puerta. Debemos escuchar esta llamada, y responder al igual que Pedro: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero.” Sentir que todo nuestro ser está comprometido en esta respuesta. Todo en nosotros tiene su sentido en el Amor que es Dios. Somos creados a su imagen.

No es una llamada al sentimiento, aunque éste no esté ausente de la experiencia humana. Pero, a lo que estamos llamados supera de mucho lo que el hombre puede sentir. El Papa lo pone de manifiesto en su encíclica: “*Lo sentimientos... pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor*”⁹. En el fondo, se trata del compromiso auténtico de un discípulo en pos de Jesús, el amor de un discípulo que sigue al Maestro hasta amar como él: “*En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical*”¹⁰.

Es “*una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor es ‘divino’ porque proviene de Dios y a Dios nos*

⁸ GS 24

⁹ Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n° 17

¹⁰ *Ibid.* n° 12

une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea 'todo para todos' (cf. 1 Co 15, 28)¹¹

“Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” En esta pregunta despunta otra, como superpuesta: Simón, ¿quieres tú como yo quiero, con un amor que evangeliza, con un amor que sana? Por esto, a la respuesta de Pedro, Jesús añade: “*Apacienta mis ovejas*” ... luego : “*Sígueme*” (Jn 21, 17.19).

C) UN AMOR QUE EVANGELIZA.

Nuestras obras educativas tienen como objetivo primordial “dar a conocer a Jesucristo” evangelizando los espíritus, los corazones y las inteligencias, favoreciendo la edificación de una sociedad de hombres, transfigurada por la gracia de Cristo. Nuestra misión específica consiste en amar este mundo llamado por Dios a esta transformación radical, amarlo hasta dar nuestra vida para que cumpla con su vocación. Esta misión la llevamos a cabo mediante la educación de niños y jóvenes.

Para nosotros, amar a nuestros hermanos, amar a los jóvenes, amar este mundo, significa ofrecer lo que tenemos de más hermoso y que hemos recibido de su Iglesia: ¡Dios mismo! ¡Dios - Amor! ¿Cómo podemos testimoniar este Amor ante los que parecen vivir sin sentir la necesidad de conocerlo? En definitiva, ¿cómo evangelizar hoy?

A pesar de las dificultades encontradas, ricas experiencias indican que los jóvenes son felices cuando se encuentran con Jesús mediante educadores convencidos de la importancia de su misión. He aquí, entre varios testimonios, lo que ha

¹¹ Ibid. n° 18

experimentado un Hermano en una de nuestras escuelas. Rodeado de jóvenes adultos que ha sabido movilizar, en su mayoría antiguos alumnos, su objetivo consiste en darles la oportunidad de vivir la caridad en acto, en primer lugar entre ellos, luego hacia personas necesitadas. Y así los jóvenes aprenden a crecer en el respeto mutuo, en el apoyo mutuo, en la atención a la persona que atraviesa un momento difícil. Se establece una corriente de caridad sobre la cual cada uno puede construir su vida y que abre a una Palabra de salvación. En secreto, acontecen milagros. En un mundo que vive sin Dios, unos jóvenes recurren un camino de fe que los llena.

Solos, no testimoniamos que el Evangelio es Amor. Este Hermano ha suscitado entre los jóvenes y los adultos una corriente de fraternidad que se ha convertido en fundamento del anuncio de la Buena Nueva de la salvación.

*"Si queremos dar a la catequesis su dinamismo misionero, es preciso inscribirla en el corazón de la comunión eclesial"*¹². Declaración en sintonía con lo que escribía Juan Pablo II al comienzo del nuevo milenio: *"Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos delante... si queremos ser fieles al designio de Dios y responder a las profundas esperanzas del mundo"*¹³. Una comunidad en la que se viven relaciones de fraternidad y en la que se reza es una comunidad que evangeliza.

O lo que le pasó a un joven que iba en bici y se detuvo ante una iglesia en la que se estaba celebrando la Eucaristía. Entró y se sentó en el último banco, silencioso. Lejos de la fe, le llamó la atención esa comunidad que rezaba y de la que emanaba un clima

¹² Texto para la orientación de la catequesis en Francia, Fleurus-Mame, 2006

¹³ Juan-Paul II, *Novo millennio ineunte*, N° 43

de fraternidad. Fue seducido. Volvió más veces. Ahora es sacerdote. "La Iglesia existe para evangelizar"¹⁴.

Es posible que estemos tomando más conciencia de la fuerza que tiene la caridad para abrir los corazones al Evangelio, cuando el anuncio explícito es más difícil. Esto ocurre en países con una fuerte presencia musulmana, donde se encuentran nuestros Hermanos. "En ciertos países, el testimonio de la caridad abre puertas que, de otro modo, quedarían cerradas. La caridad de Cristo salvará al mundo y las obras de misericordia son un testimonio elocuente"¹⁵.

Si abrimos nuestras puertas, si vivimos como Hermanos unidos por Cristo en la caridad, pueden producirse conversiones, la gracia de Dios puede cambiar a jóvenes, seducidos por el Amor. Una comunidad que trata realmente de vivir en el respeto mutuo, en la confianza, la alegría compartida, el apoyo mutuo, hace visible lo Invisible. Acogiendo, expresa un reflejo de la bondad de Dios hacia el extranjero. Por el amor fraterno hace presente Cristo a los que le buscan.

Hermanos reunidos en comunidad pueden vivir esta experiencia. La viven con más fuerza aún cuando corren el riesgo de abrir sus puertas a seculares que quieren compartir este mismo amor fraterno arraigado en el Carisma menesiano. El amor auténtico, vivido en nombre del Señor, en el respeto de la gracia y de la vocación de cada uno, evangeliza y estimula el celo apostólico.

D) UN AMOR QUE SANA.

Un día, acompañado por sus discípulos y de una gran muchedumbre, Jesús encuentra a una madre de la que iban a

¹⁴ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n° 14

¹⁵ Luis Montes, provincial del Instituto del Verbo Encarnado en Oriente Medio.

enterrar a su hijo único. Al verla "le dio lástima de ella y le dijo: No llores" (Lc 7, 13). Luego, tocando el ataúd, resucitó al muerto: "¡Escúchame tú, muchacho, levántate!" (Lc 7, 14).

Este acontecimiento precede el encuentro que tendrá con los discípulos de Juan y durante el cual se presentará así: "*Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia*" (Lc 7, 22).

La misericordia de Dios se inclina hacia los pobres, da vida, sana. El acto de evangelizar es el acto de un amor que salva al hombre y le saca del mal que le corroe. Le restablece de lleno en su vocación integral de hijo de Dios.

Si amamos, nuestro esfuerzo de evangelización producirá frutos de salvación. No lo veremos a menudo, o quizás nunca: ¡vaya oportunidad para nuestra humildad! Ahora bien, si nuestro corazón no está transformado por el amor de Dios seremos discípulos con un corazón decepcionado y tibio. Por mucho que nos comprometamos en múltiples acciones, por muchos que nos fatiguemos en llevar a cabo numerosos proyectos, si no hay amor, los frutos previstos no se producirán.

El servicio educativo sana y salva si se realiza en la caridad. Aquel que no se deja llevar por sentimientos de celos, cólera, amargura y que trata de imitar la paciencia y la dulzura del Señor, éste es un educador tal y como lo querían Jean-Marie de la Mennais y Gabriel Deshayes.

Un día un joven fue a participar a un fin de semana organizado por un grupo de seglares y de Hermanos. Llegó con su "amiguita", vestido de forma agresiva que expresaba claramente su actitud interior. Uno se preguntaba, y con derecho, a qué habían venido los dos a ese tiempo fuerte cuyo primer objetivo era reconocerse como seres amados. Pues bien, justamente, el uno y la otra lo necesitaban enormemente. A partir del primer día, el

joven cambió de ropa y su rostro se había como iluminado. Algo había cambiado en él, sencillamente porque se confió totalmente en él. Se sintió querido y respetado como era, no había oído ninguna observación sobre su actitud y su atavío. Poniendo de lado su aire claramente provocador, se dejó "poner en pie" por el amor, el amor del Señor que los animadores de ese tiempo fuerte habían querido transmitir tanto.

El respeto incondicional de la persona derriba todas las fronteras. Juzgar al otro como incapaz de cambiar, por el contrario, le clava e impide el acceso a la esperanza. El verdadero educador trata de suscitar en los jóvenes el amor hacia sí mismos: *"Me creen bueno, así que tiene que haber algo bueno en mí, así que puedo ser completamente bueno"*.

Juan María de la Mennais decía a sus Hermanos : *"Con los niños (... esos niños achacosos -¿dismuidos?- a quienes vosotros devolvéis la salud del alma, -dirá en otra ocasión-), sed bondadosos, pacientes y cariñosos; sin duda que hay que ser también firmes, pero sin ser duros y sin dejarse llevar por la impaciencia. Corregiréis mucho mejor los defectos de esos pobres niños haciéndoos amar que haciéndoos temer"* ¹⁶.

"Para que nazca la confianza, el cariño debe ser visible, precisaba Don Bosco. Aquel que quiere ganarse la confianza de otra persona, tiene que hablarle a su corazón. Un maestro de clase que se contenta con dar su asignatura es un maestro de clase y nada más. Pero si pasa su tiempo libre con los jóvenes, llega a ser para ellos un hermano".

¹⁶ A travers la correspondance, VI, 22

II

VIDA FRATERNA

"Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios"¹⁷.

A los hermanos se les da la gracia de vivir en su comunidad aquello que la Iglesia en su conjunto está llamada a manifestar al mundo. Forman una comunidad de discípulos de Jesús en la que la comunión de vida es reflejo de la comunión trinitaria. Experimentan el amor como don recibido de Dios y como tarea de servicio al hermano. Cada cual, al tratar de imitar a Cristo, busca

¹⁷ Vita Consecrata, n° 46

la felicidad del otro. La voluntad de Dios se discierne en el Espíritu. Se verifica que la dulzura triunfa sobre el odio.

En una comunidad así, descubren la gracia de ser hermanos, signos del Reino que viene en la persona de Jesús.

A) LA COMUNIDAD, REFLEJO DE DIOS TRINIDAD.

“Amémonos unos a otros, para que, en un mismo espíritu, confesemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” canta la liturgia bizantina. San Agustín lo expresa a su manera: *“Si ves la caridad, ves la Trinidad”*. Al retomar estas palabras, Benedicto XVI habla del Espíritu que brota del corazón traspasado de Jesús, para inundar de Amor trinitario a los discípulos transformados: *“Al morir en la cruz, Jesús [...] ‘entregó el Espíritu’ (Jn 19, 30), prelude del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección. Se cumpliría así la promesa de los ‘torrentes de agua viva’ que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes. En efecto, el Espíritu es potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como El los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos.”*¹⁸.

Contemplar este misterio de la presencia santificadora del Espíritu, de su efusión sobre los hermanos reunidos en nombre de Jesús, hace crecer la gracia de la unidad. Y así cada vez más nos convertimos en imagen, aunque imperfecta, de Aquel que anunciamos. Aquel que no levanta su mirada hacia Cristo en la cruz, no puede beber de la fuente de Agua viva del amor que lo hará inclinarse hacia su hermano para servirle humilde y

¹⁸ cf Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n° 19,

gozosamente. Cuando Juan María de la Mennais pedía a sus Hermanos que miraran al crucifijo, hablaba de esta mirada que se abre a la caridad de Cristo.

Es por la fuerza de un corazón "*lleno de Espíritu Santo y de sabiduría*" que podemos construir una verdadera comunidad, señal del Reino que viene. Pero, ¿dónde beber de este Fuente del Espíritu y de sabiduría? ¡En la mesa eucarística! "*Cuerpo, comunión: las mismas palabras denominan y la Eucaristía y la comunidad, y a la Iglesia toda*"¹⁹. "*Reunidas en el nombre del Señor, las comunidades religiosas tienen su centro natural en la Eucaristía. Por consiguiente es normal el que estén visiblemente reunidas alrededor de un tabernáculo en el que la presencia del Santísimo Sacramento expresa y realiza lo que debe ser la misión principal de toda familia religiosa*"²⁰.

Para una comunidad de hermanos no es facultativo tener un oratorio en el que la "Presencia real" del Señor se expone para que la adoremos e imitemos. ¡Es algo vital! El sentido de nuestra vida se discierne en el misterio de Jesús, muerto y resucitado. Es El quien nos tiene unidos en comunidad. Por ello, no podemos descuidar el tenerlo a nuestro lado, en el sacramento del Amor que se entrega. En algunas de nuestras comunidades, la ausencia de este "Signo" tendría que percibirse como una vacío. No seamos como los discípulos en Betania (cf Mt, 26, 6-13) que, viendo el perfume tan precioso que una mujer derramaba sobre los pies de Jesús, exclamaron escandalizados: "*¿A qué viene ese derroche?*" Para nuestras comunidades esta mujer es un ejemplo a seguir. Para que podamos ser "*el incienso que el Mesías ofrece*" y "*difundir en todas partes la fragancia de su conocimiento*" (2 Co 2, 14.15), ¿acaso no debemos pasar, "derrochar", ante el Sacramento de su presencia, ese tiempo que nos parece tan

¹⁹ Daniel-Ange, *L'Amour fraternel qui donne d'exister*, éd. Béatitudes, p. 27

²⁰ Juan-Pablo II, 7 de Marzo de 1980, a los religiosos y religiosas.

precioso, humanamente hablando, y que nos gustaría usar de otro modo? *"A esos pobres los tenéis siempre con vosotros"* (Mt 26, 11).

La Iglesia nos pide que celebremos regularmente la Eucaristía en el oratorio de la comunidad. Sabe, en efecto, que sin la gracia de este sacramento celebrado juntos, no sabremos revestirnos del delantal del servicio para correr en ayuda de nuestros hermanos. Sabe, asimismo, que el espíritu del individualismo se desencadena sin frenos allí donde está ausente la Fuente de la unidad. La Eucaristía cotidiana es para cada Hermano un alimento indispensable por el camino de su vida y el fermento de unidad de cada comunidad. Es un sufrimiento el no poder tomar parte, cada día, en el sacrificio eucarístico²¹. El deseo de nutrirnos cada día con el Cuerpo entregado y con la Sangre derramada debe habitarnos profundamente. Entonces, cuando *"seremos nutridos con su cuerpo y con su sangre y llenos de Espíritu Santo"*... seremos *"un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo"* como recita la plegaria eucarística.

B) LA COMUNIDAD, LUGAR DEL ENCUENTRO CON DIOS.

*"A través de la historia de la Iglesia, la vida consagrada ha sido una presencia viva de esta acción del Espíritu, como un espacio privilegiado de amor de Dios y del prójimo, dando testimonio del proyecto divino de hacer de toda la humanidad, en la civilización del amor, la gran familia de los hijos de Dios"*²².

En el corazón de una vida totalmente consagrada a Dios se encuentran reunidas las dos facetas del mismo mandamiento. No queremos ser de las personas que, al haber hecho un voto a Dios,

²¹ cf Regla de Vida, C 43.

²² Sínodo de obispos, mensaje final de la IX Asamblea, 1994.

exponen a la mirada de todos la incapacidad de vivir en comunidad el compartir cotidiano hasta el perdón. Queremos, por el contrario, ser el icono del esplendor del Amor trinitario que se vuelve hacia el prójimo y se pone humildemente a su servicio. Sabemos que amar a Dios y amar al hermano proceden del mismo amor. "¡En Dios ves a tu hermano! ¡En tu hermano, ves a Dios!" Enterrar una de estas dos expresiones significa volver ilegible el sentido de nuestra vida.

La comunidad es "*el taller donde ejerzo, humilde y concretamente, mi amor por el Señor*"²³. El maestro del taller es Dios. La comunidad fraterna está hecha a imagen de estos tres hombres que fueron a visitar a Abrahán y que se fueron dejando un mensaje de esperanza, la buena noticia del nacimiento del hijo de la promesa, fermento de unidad y de fecundidad del pueblo de la Alianza. Imagen de la Trinidad, la comunidad será tanto más fecunda y misionera cuanto más se preste atención en construirla desde la humilde caridad cotidiana.

En esta comunidad, el tiempo de la oración y el tiempo de la caridad al servicio del hermano y en la misión no entran en competencia. Para ver a Dios en el hermano es preciso reconocer al hermano mayor que es Jesús, oírle, verle y amarle. Los santos, la primera entre ellos, María, nuestros modelos en la fe, nos hablan con elocuencia de la manera en que podemos "*Dejar a Dios por Dios*" según la palabra de Juan María de la Mennais. Nos invitan a la unidad en la dinámica de un mismo amor que nos conduce a Dios y a los hermanos.

C) LA COMUNIDAD FUNDADA EN LA CONFIANZA.

²³ Daniel Ange, *L'amour fraternel qui donne d'exister*, éd. des Béatitudes, p. 17

Concretamente, sin embargo, la comunidad no nos parece cada día tan estupenda. La monotonía del día a día, los diversos conflictos, los problemas personales que se pueden encontrar, pueden oscurecer el horizonte, a veces de forma duradera, y puede que perdamos el sentido de la vida comunitaria. Entonces, se corre el riesgo de buscar un refugio o un derivativo en el activismo.

Estas situaciones se dan bastante a menudo, y todas las comunidades las encaran de una forma u otra. Y es justamente en la capacidad de afrontar, en la paz, este tipo de situación donde se mide nuestro arraigo, más o menos maduro, en nuestra vocación. Sin embargo, puede ocurrir que disensiones pasajeras se vuelvan cada vez más fuertes y dificulten para todos la vida cotidiana, debiliten el testimonio evangélico de los hermanos y hagan correr el riesgo de ir a buscar fuera lo que no se encuentra en comunidad.

En efecto, no se puede construir una verdadera fraternidad sin la confianza mutua. "*Nada desestabiliza, fragiliza, disgrega más que la duda, el cuestionamiento, la sospecha sobre sí mismo y sobre los demás*"²⁴. Confiar en el hermano estrecha los lazos fraternos y afianza al hermano. Entonces estará más seguro de sí y tratará menos de asegurar su valor a sus ojos ocupando el lugar del otro. Hacer confianza abre a la esperanza. Cuando esta confianza falta, se deja libre espacio a la agresividad, a la amargura y al 'cada uno por su cuenta'.

Confesémoslo, a menudo preferimos hacer las cosas a solas, sea por miedo a preguntar, sea porque dudamos del resultado obtenido. Este comportamiento, a la larga, socava la estima y nos aleja de los demás. Por el contrario, pedir un servicio, es decir: "¡Cuento contigo!" "¡Te necesito!" "¡Estoy seguro de ti!"

²⁴ Ibid. p. 272

Alguien ha dicho que la vida fraterna en comunidad es algo milagroso. Seguramente, es verdad. Sin embargo, nos incumbe a cada uno de nosotros aportar de nuestra parte para que esta gracia llegue a ser realidad. Por ello, no hay que ceder al miedo. Aquel que tiene miedo o que es inquieto tiende a desconfiar de sí mismo y de los demás. Una tal disposición paraliza y para el corazón. A veces decimos que es preciso que tal hermano sepa lo que debemos reprocharle, que hay límites a la confianza a priori. Creemos que decir claramente al otro lo que pensamos de él es una garantía de verdad. Ese hermano, cuyo comportamiento nos irrita, tiene que saberlo. Sin embargo, reflexionemos: detrás de nuestras aparentes buenas intenciones a menudo se esconde nuestra incapacidad de gestionar nuestros propios temores y nos impide acoger al otro excusándolo todo y soportando todo como nos lo pide San Pablo. (cf 1 Co 13, 7).

¡Qué cambio se produce, al contrario, en aquel en quien decidimos confiar! ¡Una buena comprensión mutua se introduce entre él y nosotros cuando dejamos de sospechar o de imaginar lo que no existe, de interpretar erróneamente los gestos y las palabras! ¡Confiar, es "contagioso"! ¡Entonces nos daremos cuenta de que las dificultades se difuminan, que la vida es más simple y los rostros son más radiantes!

"No recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelve al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: '¡Abba! ¡Padre!' " (Rom 8,15). Pone en nosotros el amor. "Nadie mire únicamente por lo suyo, sino también cada uno por lo de los demás. Entre vosotros tened la misma actitud del Mesías Jesús" (Fil 2, 4-5).

"Que cada uno se sienta feliz con la alegría de los demás y sufra con sus penas,..."²⁵. decía Juan María de la Mennais.

²⁵ Regla de 1835

Cuando la confianza ensambla el cuerpo de la comunidad. El carisma de cada uno hace el gozo de todos y crea unidad.

D) LA COMUIDAD, ESCUELA DE DISCERNIMIENTO.

*"Las comunidades de vida activa deberán examinar si no se han vuelto poco a poco como equipos de trabajo, más que motores espirituales"*²⁶. Discernir personalmente, luego juntos, lo que el Señor quiere decirnos es una gracia única y rica de la que depende, en gran parte, el impacto apostólico de nuestras comunidades.

"Benedicid, no maldigáis" (Rom 12, 3). Este es el lenguaje del Espíritu. Decir las palabras del Espíritu. Hacer lo que éstas expresan, hace ver lo que el Espíritu ve. Y cuando la mirada está en la luz, toda la persona irradia luz. Aquel que habla de lo que es bello, ve lo que es bello. *"Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno... así hará bien a los que lo oyen"* (Ef 4, 29). Las comunidades que son incapaces de ver y subrayar lo que un hermano puede hacer de bueno y bello en su apostolado, son comunidades que han perdido la capacidad de discernir el Espíritu. La llama de la evangelización se ha apagado.

Necesitamos "transfigurar" nuestra mirada. ¡Cuántas veces nos dejamos engañar por lo que vemos, sin prestar atención a lo que no se ve, sin tratar de captar lo que transparenta del ser profundo! *"Cuando el demonio trata de ponerme ante los ojos del alma, los defectos de una u otra hermana que me es menos simpática, me doy prisa en buscar sus virtudes"*²⁷. A menudo, nuestras palabras traicionan nuestra incapacidad de ver bien.

²⁶ Luc Van Looy, *Communiquer l'esprit, transmettre la spiritualité et y former, une expérience communautaire*, SDB

²⁷ Santa Teresa del Niño Jesús.

Nuestros oídos no están formados para la escucha de lo que tenemos dificultad en decir. Debemos fomentar en nosotros como un reflejo interior que nos haga entender y ver el otro lado del hermano con quien vivimos. *"Y esto pido en mi oración, dice San Pablo a los Filipenses: que vuestro amor crezca todavía más y más en penetración y en sensibilidad para todo; así podréis vosotros acertar con lo mejor..."* (Fil 1, 9-10).

Amar al hermano es, pues, abrirse al Espíritu. No se puede ni oír ni discernir la voluntad de Dios sin esta mirada afinada, puntiaguda, que ha tomado la costumbre de no dejarse engañar por las apariencias, con el riesgo de parecer ingenuos a los ojos de los censores. *"Alguien me dijo en privado que yo soy un dulce soñador, romántico e ingenuo más que un verdadero hombre de Estado. Quizá soy realmente un soñador – en particular si este término significa que apuesto en primer lugar por las calidades de la gente -... pero aquel que posee esta arma no teme la más moderna ametralladora"*²⁸.

No hay nada como la comunidad fraterna para revelarnos lo que somos en verdad. Nada tampoco para mejorar nuestra sensibilidad al Espíritu, el único que pueda hacer de ella una verdadera comunidad misionera.

¡Qué gran tesoro el de una mirada que abre a lo que es bello, que hace estallar los dones y los carismas, que abre puertas y ventanas a la luz de la gracia! Una tal mirada suscita la humildad, aumenta la caridad, construye la unidad, libera fuerzas nuevas para darse a los demás, permite captar desde dentro lo que el Espíritu dice.

E) LA COMUNIDAD QUE HAY QUE CONSTRUIR CADA DÍA.

²⁸ Vaclav Havel.

No podemos amar a Dios si no amamos a nuestros Hermanos. Más aún, amamos a Dios sólo si le reconocemos y le amamos en el más pequeño. No amamos a los pobres si no reconocemos al Señor en el Hermano más cercano. Respetamos a Dios y le servimos, como respetamos y servimos a nuestro hermano.

Esta tarea es un combate de todos los instantes. Y la victoria se obtiene sólo al precio de la propia vida. Es lo que Jesús nos ha enseñado. Nosotros, que no sabemos reconocerle cuando nos pide agua, ¿dejaremos que nos abra los ojos para ver y las manos para compartir?

Nos llama a dar nuestra vida, día tras día, haciendo entrar la caridad en todas las pequeñas cosas de la vida, sin murmurar, cada cual a su manera y según su talante personal. Para hacer de nuestra comunidad una "*casa y una escuela de comunión*"²⁹, nos invita a un compromiso cotidiano que hay que renovar incesantemente, mediante actitudes como éstas:

- Tratar de no mudar de humor si, por temperamento, nos sentimos impulsados a reaccionar con violencia ante una determinada actitud o ante una determinada palabra de un Hermano. Hacer serenamente, sin tensión, sabiendo que debemos poner cien veces manos a la obra.

- "Decir palabras buenas y constructivas", y no dejarnos llevar por condenas severas, con el riesgo de creernos mejores y sin defectos.

- Abrirnos al pobre que está fuera de la comunidad, pero antes, servir a todos los hermanos de la comunidad. Lo que supone un corazón al asecho que mira y ve las necesidades.

²⁹ Novo Millennio ineunte, n°43

- Saber servir sin imponerse, molestarse sin creerse indispensable, hablar sin monopolizar la conversación, invitar a expresarse sin ser indiscreto.

- Suscitar el gozo y el humor. Los momentos fraternos en los que se goza en estar juntos son preciosos. Es el individualismo lo que impulsa a descuidar esos tiempos y a no darles toda la atención necesaria.

- Rezar cada día por nuestros Hermanos. Llevarlos a nuestra oración silenciosa. Antes de un paso difícil hacia el uno u el otro, rezar por él, en paz. Antes de pedir perdón a un Hermano, mirar el rostro del crucificado y presentarle a aquel hacia el cual queremos dar este paso, escuchar en el silencio la voz de Aquel que es "manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29).

Podríamos seguir adelante. A cada uno de nosotros nos toca interrogarnos y escuchar la brisa suave del Espíritu. El Señor nos invita a vivir en lo cotidiano el heroísmo de la caridad. Madre Teresa de Calcuta decía: *"No curo nunca a una multitud, sino a una persona"*.

Conocemos estos consejos dados por Juan María de la Mennais a Melle Jallobert: *"La dulzura supone el aniquilamiento del amor hacia uno mismo. Si algo te importa, sufrirás y murmurarás, si te lo quitan... Las palabras agrias, las ocurrencias del humor triste no pueden salir que del fondo de un corazón enfermo en el que no reinan sentimientos de feliz sumisión, de abandono, de sencillez, de fe... ¿De dónde viene, hija mía, esa falta de dulzura? ¿Acaso no viene de que tú no sirves a Dios por Dios mismos?... En las grandes ocasiones poco nos cuesta para la práctica de la paciencia, pero no es lo mismo*

en las pequeñas... Esforcémonos en adquirir esta dulzura llena de gozo y de paz... ³⁰

Decía a los Hermanos : *"Si surgiera entre ellos alguna discusión, incluso ligera, no dejarán de reconciliarse antes de la oración de la noche"*³¹. ¡Cuántas amarguras machacadas, conflictos nunca resueltos, rivalidades sordas que corroen el clima de paz y de gozo de nuestras comunidades! Más que abrirnos al perdón libertador, dejamos a menudo que el ídolo del yo ocupe todo el sitio.

El pobre de corazón no se deja escandalizar por la pobreza de los demás. Es paciente, todo lo excusa, todo lo aguanta... (cf 1 Co 13, 4ss). *"Cuando dos hermanos se perdonan de verdad, experimentan algo del gozo del cielo"*³² ¿No es éste acaso un camino de santidad, una fuerza interior que *"se expresa en la tranquila discreción del servicio cotidiano"*³³? Este combate no es el nuestro. Esta obra es su obra. No amaremos si en nosotros no está el Amor acogido en la humana realidad de todos los días.

³⁰ *J.-M. de la Mennais, Anthologie de toutes ses œuvres*, Marcel Doucet, p. 181

³¹ Regla de 1823

³² Paul Houix, *La brisure du cœur*, in *Voie spirituelle*, DDB, p. 67

³³ Juan-Pablo II en Lourdes, en 2004.

III

HERMANOS CONVOCADOS Y ENVIADOS.

Para evocar la misión del Instituto es importante prever todas las formas que puede asumir, y considerar todas las situaciones particulares de su ejercicio mediante la diversidad de países, culturas, dones de cada cual, funciones, edad, etc.... Por ejemplo, el joven Hermano que continúa sus estudios y que vive al mismo tiempo en una comunidad comprometida en una obra educativa, o el Hermano que está en una comunidad de Hermanos estudiantes, ¿cómo viven esta misión? ¿Qué representa por el Hermano Director de una escuela, ocupado desde la mañana a la noche en las múltiples tareas de su trabajo de preparación del curso o con sus alumnos? ¿Qué significa para el Hermano mayor que, aunque libre de la función de enseñar, participa en la

animación pastoral o a actividades educativas, o rinde muchos servicios en diversos campos? ¿En qué consiste esta misión para el Hermano que vive en una comunidad sin relación directa con una obra educativa, pero cuyos miembros se esfuerzan por responder a llamadas que vienen de la parroquia, de la diócesis o de diversas asociaciones, o para el Hermano enfermo, clavado en su lecho y cuyo corazón y cuya vida pertenecen a Dios en un amor más fuerte que lo que las palabras puedan dejar translucir?

Aquí no es posible examinar en detalle cada una de estas situaciones. Trataremos, más bien, de ver lo que tienen en común todos estos Hermanos que, *"sean cuales fueren sus funciones, su edad o su salud, están verdaderamente asociados a la obra apostólica del Instituto por su oración, sus trabajos, sus sufrimientos y la santidad de su vida"* (C 48).

A) LOS HERMANOS NO SE HAN ELEGIDO.

"Sin haberse recogido, procuran conocerse y amarse con todo el afecto del corazón de Cristo." (C 37). He aquí una de las características de las comunidades religiosas. Están constituidas por miembros que han sido llamados a la misma vocación, sin haberse elegido. Respondiendo a esta llamada, han optado por entrar en una familia en la que captan quizá el espíritu – por lo menos un poco – pero de la que desconocen a sus miembros. Es Cristo quien ha constituido esta "familia" y que le da unidad. A la manera de los apóstoles, tan distintos entre ellos, pero que llegaron a hacerse "compañeros de camino" en pos de él, somos convocados por el Señor.

Sin habernos elegido, hacemos la experiencia de que un Espíritu común nos habita y nos une. Puede ser, por otro lado, que quienes nos ven se den más cuenta que nosotros. ¡Vemos tan rápidamente nuestras enfermedades! Un día, una religiosa que

compartía la oración de los hermanos de una comunidad hizo esta observación: "Sobre todos, acudan a la oración en común, de la mañana. Ustedes ni se imaginan la fuerza que esto representa, y la unión fraterna que hace percibir". No, de hecho los Hermanos no se lo imaginaban. No se daban cuenta de ello. Su oración silenciosa, sin embargo, daba testimonio de los lazos de fraternidad que habían tejido día tras día.

Está claro que seguimos siendo hombres y que a veces los temperamentos chocan. Pero ¿no es acaso garantía de que el amor fraterno no es una palabra vana? No amamos en primer lugar a nuestros amigos, sino a aquellos que nos son cercanos, aquellos a quienes el Señor ha hecho 'prójimos' y que nos ha dado como Hermanos. No soñamos con tener a nuestra disposición hermanos que corresponderían en todos a nuestras expectativas.

La constitución de esas comunidades se confía a la deferencia iluminada del Superior mayor. Es uno de sus principales cometidos. "*Considera la colocación adecuada de los Hermanos en Comunidad como una de sus funciones importantes.*" (C 101). Para llevar a cabo esta misión crea las condiciones para un verdadero diálogo y cuenta con la apertura de corazón de sus Hermanos que se traduce luego en acogida fraterna a la propuesta hecha y en asentimiento gozoso a la misión confiada. La aceptación inmediata y sin murmullos de un cambio de misión o de comunidad, suscita siempre una gran admiración. Es la clara señal de que uno no elige ni a sus hermanos ni su misión, sino solamente a "*Jesús y a éste crucificado*".

B) LOS HERMANOS SON ENVIADOS.

Los hermanos no son dueños de la misión que reciben, como no lo son del carisma. Es un don que el Espíritu concede para la evangelización de los niños y de los jóvenes.

Como decíamos antes, el Hermano jubilado, miembro de una comunidad sin vínculos con una obra educativa, está tan comprometido en la misión de la Congregación como aquel que recibe, por ejemplo, la responsabilidad de un colegio. *"Todos los Hermanos, por el hecho de su pertenencia a la Congregación y por la obediencia, están plenamente comprometidos en la misión. Las modalidades varían según la edad, las posibilidades de cada uno y las circunstancias."*³⁴.

Volvamos a decirlo: cualquier misión es una misión recibida. Cualquier misión de un Hermano es una participación en la misión de la Congregación. No hay una misión más importante y una misión menos importante. Cuando la misión que se nos confía nos coloca en un puesto de responsabilidad mayor sabemos que hace de nosotros unos siervos. La recibimos pues, con humildad y con confianza. Mediante el superior reconocemos en la fe lo que el Señor nos pide.

¿Quién sabe quién será el más fecundo a los ojos de Dios: si el Hermano mayor que acoge su enfermedad o su discapacidad con abandono, o aquel que se entrega totalmente a los niños en la animación de su clase o de un colegio, trabajando en un equipo de Hermanos y seglares para llevar a cabo el proyecto educativo? El orden de la fecundidad, para Dios, no es lo que humanamente se considera como eficacia. Dios se complace en que hagamos lo que nos pide, sin compararnos con otros. Los Hermanos son unidos en la medida en que cada uno interpreta su presencia en el seno de la comunidad como la expresión de la voluntad de Dios.

No expresamos el deseo de recibir tal misión o tal otra. Nos hacemos disponibles y consideramos como lo mejor para nosotros aquellos que se nos ha confiado. Un Hermano no trata de estudiar para realizar una determinada misión. Correría el riesgo de

³⁴ Capítulo General de 2006, Al servicio de la Misión compartida - Convicciones p 17

decepcionarse al recibir, al final de su formación, una obediencia no deseada. ¡Feliz el Hermano que se ha hecho disponible y que, en secreto, no ha murmurado contra su superior porque éste le ha confiado una misión para la que nos se había preparado!

Está claro, que el superior debe esforzarse por tener en cuenta talentos, cualidades y carismas de cada cual en las obediencias que va a dar. Pero muchos Hermanos pueden asegurarlo porque lo han experimentado: el gozo y la paz del corazón se alcanzan verdadera y durablemente sólo en la medida en que nos abandonamos en las manos de Dios por una obediencia humilde y gozosa. Como ese Hermano que al llegar a la jubilación profesional recibió una carta de su provincial que le enviaba a un país africano para la fundación de una nueva obra. Respondió con toda disponibilidad: "No lo había previsto. Pero hasta hoy he dicho siempre sí a lo que se me ha pedido. Así que no será ahora cuando vaya a cambiar. Iré allí donde usted me envía".

¡Feliz el Hermano que ha mostrado una disponibilidad sin murmullos y sin añoranzas! El Señor fructificará la gozosa ofrenda de su vida.

C) CADA COMUNIDAD ES ENVIADA EN MISIÓN.

La comunidad es una célula de Iglesia que reúne a Hermanos llamados y enviados. Toda comunidad, por vocación, lleva a cabo la misión de la Congregación. Por ello tiene que devenir lo que es, hacer fructificar el don recibido. Debemos prever ahora, más concretamente, cómo construir esta comunidad reunida para el servicio educativo y la evangelización de los niños y de los jóvenes.

Por ello, debemos lucir creatividad y al mismo tiempo tener un gran sentido de comunidad. El Espíritu invita a hacer fructificar todos los talentos y los carismas individuales para el

servicio de la comunidad y de la misión. Esto exige crear lugares de intercambio y de compartir pero, al mismo tiempo, preparar los corazones para que entremos en un verdadero camino de discernimiento.

1 - El Proyecto comunitario.

La comunidad es reunida por Cristo que bendice a sus hijos y les trae la salvación. No es el esfuerzo personal de cada cual lo que lleva a cumplimiento este "misterio", es la gracia de la llamada recibida a la que responde cada uno de nosotros. Cuando el apóstol nos dice: "*Sois el templo del Espíritu*", ¿es así por mérito nuestro? ¡No! Es un don gratuito de la misericordia de Dios. Sin embargo, debemos acogerlo y abrirnos a su acción. Es lo que hacemos cuando elaboramos un proyecto comunitario.

Para comprender mejor aún, es bueno releer la Parábola de los talentos aplicándola a la comunidad. Si nos tomamos el tiempo de mirar los talentos recibidos unos y otros, y ver cómo podemos ponerlos al servicio del bien de todos y de la misión confiada, habremos avanzado mucho en la realización del proyecto comunitario.

Construir un proyecto comunitario supone acoger – cada año de forma nueva – el don recibido mediante la misión que se le ha confiado. Esto significa : recibir juntos esta misión, cada cual con su papel específico definido por el Hermano Provincial o el superior local, sentir como nuestro el marco de vida, la Iglesia local, el ambiente en el cual se encuentra la comunidad, etc.... apropiarnos del marco de vida.

Hay que retomar en solitario la Regla de vida y las orientaciones de los Capítulos generales y provinciales que definen la forma de vivir hoy en fidelidad al carisma menasiano.

Luego estudiaremos la puesta en marcha concreta según las consignas dadas por el Hermano Provincial o Vice-Provincial.

Cuando la comunidad ha discernido así la forma de responder a su misión, es bueno pedir la confirmación de todo esto al Superior Mayor. Esta etapa es importante. Permite confirmar en el Espíritu que el camino emprendido es el camino que el Señor quiere, en fidelidad al carisma del Instituto. Nadie es una isla. La comunión a nivel de Provincia y de Instituto depende de la forma en que vamos a vivir esta última etapa, en la confianza y en el abandono, dispuestos a revisar uno u otro aspecto del proyecto comunitario.

Allí donde los Hermanos están comprometidos con los seglares en un camino comunitario, este trabajo de elaboración de un proyecto comunitario debe extenderse más allá de la comunidad de los Hermanos. La comunidad tratará, entonces, de articular su proyecto en armonía con aquel que se establece en el marco de la misión compartida. Esto ya se hace en ciertos lugares. Es preciso un mayor esfuerzo, aún, de apertura al Espíritu y una estrecha concertación con el Superior Mayor. Verdad y Caridad van juntas para ayudarnos a permanecer en la voluntad del Señor.

Está claro que hará falta entrar mucho más detalladamente en las diversas etapas de elaboración de un proyecto comunitario. No es éste el lugar. Los Superiores mayores y su Consejo tienen que aportar a las comunidades los elementos que les permitirán entrar por este camino.

Es importante que los sectores del Instituto, que tienen la costumbre de elaborar este proyecto comunitario, sigan haciéndolo con la constante inquietud de responder a las llamadas del Espíritu. Los que tienen dificultad en entrar por esta vía deben decidirse a tomar los medios para entrar. He aquí un caso en el que la solidaridad, a nivel de Instituto, puede ejercerse,

ayudándose mutuamente por el camino de una mejor respuesta a las llamadas de la Iglesia y del mundo.

2 - Discernir en comunidad.

Elaborar el proyecto comunitario, nos hemos percatado de ello, consiste en dar lugar a un proceso de discernimiento comunitario. Es oportuno, pues, que nos esforcemos para captar bien el camino. Sabemos que a veces puede ser difícil hacer este discernimiento en la vida personal de cada cual. Hacer este tipo de discernimiento, comunitariamente, supone las mismas exigencias pero asumidas en comunión de corazón, buscando unánime y solamente la voluntad de Dios. Quisiera aquí subrayar solamente algunos aspectos de este camino, sin pretender por ello proporcionar un método.

La Regla de Vida nos invita a entrar por este camino espiritual comunitario. En el Directorio encontramos una breve descripción de ello :*"Con sus Hermanos, y teniendo en cuenta la diferencias de edad, mentalidad y formación, el Superior se esfuerza en discernir el querer divino a través de las personas y de los acontecimientos. Juntos, tratan de dar prioridad al bien común, de rectificar las opiniones personales a la luz de las de los demás, de analizar los acontecimientos y hallar las mejores formas de responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia. De esta manera, obediencia religiosa y comunión fraterna se prestan mutuo apoyo"*³⁵.

Este camino, supone en realidad, ante todo y fundamentalmente una voluntad común de vivir juntos el carisma recibido y estar disponibles a las llamadas que se perciben, tras haber verificado su autenticidad. Exige, asimismo, la capacidad de compartir a este nivel entre Hermanos, para que nuestras

³⁵ Regla de Vida, D 60.

impresiones personales sean verificadas, y a veces hasta corregidas por las de los demás, cada cual tratando de escuchar al Espíritu y no lo que podría ser el fruto de su imaginación. El discernimiento supone humildad y sentido de comunidad para dejarse cuestionar.

En la medida en que la comunidad crece en caridad se va intensificando la comunión indispensable para tal empresa. Poco a poco, los Hermanos deben poder poner su libertad personal al servicio del grupo, bajo el impulso y la responsabilidad del superior. Así la demarcación entre lo comunitario y lo personal puede atenuarse paulatinamente. El trabajo hecho alrededor del Proyecto comunitario ayuda a ello, pero es necesario el compromiso cotidiano de cada cual, el deseo de ponerse al servicio de la comunidad y de la misión. Los Hermanos, entonces, pueden realmente ayudarse entre ellos en su propio caminar. A veces será necesario mucho tiempo, para llegar a este espíritu de comunión. Pero no hay que renunciar nunca a entrar por este camino y hay que creerlo siempre posible con la gracia de Dios.

¿Es una visión idílica, no realizable, de la comunidad apostólica? Aquí y allá, también con seculares, algunas comunidades trabajan en ello y experimentan que, aunque no sea fácil avanzar por ese camino, comprometerse en ello es fuente de muchas gracias. Insistamos en ello: este camino espiritual supone una gran caridad fraterna para poder escuchar a todos con atención y respeto. Si no hay plena libertad de palabra para todos, no sabremos escuchar al Espíritu. Recordemos que el superior de la comunidad desempeña en ella un papel importante. Tras haber escuchado y discernido con sus Hermanos tiene que decidir, cuando es necesario, según lo que crea más oportuno para sus Hermanos y para la misión y según el camino de discernimiento previsto en comunidad. Cualquier decisión así tomada produce frutos que vienen del Espíritu: caridad, unidad, fecundidad de la misión, etc.... Estos frutos, que todos pueden constatar, confirman la oportunidad de la decisión tomada.

D) LA COMUNIDAD, PRIMER TERRENO DE MISIÓN.

"Sembrad el amor allí donde vais: en primer lugar y ante todo en vuestra propia casa. Amad a vuestros hijos, a vuestra esposa o a vuestro marido, vuestro vecino de al lado... No dejéis que nadie vaya donde vosotros sin que se vaya mejor y más contento. Sed la expresión viva de la bondad de Dios: bondad de vuestro rostro, bondad de vuestra mirada, bondad de vuestra sonrisa, bondad de vuestra cálida acogida," decía Madre Teresa de Calcuta.

Nuestro fundador daba una importancia particular a esta unidad de vida : *"El espíritu de la Congregación es un espíritu de paz y de caridad ; los Hermanos vivirán juntos en la unión más perfecta, amándose y ayudándose mutuamente."*³⁶. Y en la Regla de las Hijas de la Providencia desarrolla este concepto : *"La caridad es la plenitud de la ley; es la nueva ley; el vínculo de la perfección, el mandamiento del Señor; quien no la tiene está en la muerte: la esposa de Jesucristo, llena de su santo amor, debe estar, pues, totalmente resplandeciente y ardiendo en la caridad que es Dios; es preciso que la caridad sea su elemento, su vida, su principio, el fin de todas sus acciones, la corona de su sacrificio"*.³⁷.

1 - Profecía de comunión.

Nuestras comunidades son lugares donde se vive la comunión, donde se vive la caridad que es Dios. En el seno de la comunidad aprendemos a amar en acto. Nuestras comunidades son "casas" de comunión.

³⁶ Regla de 1823

³⁷ *J-M. de la Mennais, Anthologie de toutes ses œuvres*, Marcel Doucet, p. 191

Y son también "escuelas" de comunión: allí experimentamos la conversión necesaria para crecer en la verdadera caridad. Es decir que queriendo a nuestros Hermanos como son, y no como nos gustaría que fuesen, queremos en verdad. Es una escuela de caridad que nos hace humildes. En efecto, es una tarea a empezar de nuevo, incesantemente. Hay que poner de nuevo manos a la obra, cada mañana.

Nuestras comunidades son también comunidades que evangelizan por el hecho mismo que es el amor lo que une a los Hermanos. Son profecía de comunión. Sin que nosotros midamos su impacto, el amor fraterno habla a los que son testigos de ello. Muy a menudo, nos preguntamos cómo "significar" nuestra vocación, cómo hacerla visible. Una sola cosa: amarnos como Hermanos. Recuerdo, cuando era alumno de un colegio de Hermanos, la emoción que me causaba el gozo que se percibía en las relaciones entre Hermanos de la comunidad, un gozo que repercutía en los profesores y del que los alumnos recibían los beneficios.

La caridad vivida engendra el gozo de estar juntos y da testimonio de aquel que es la fuente. La comunidad es entonces misionera. Dona el Espíritu porque es habitada por el Espíritu. Más allá de la palabra, el testimonio de unidad toca a los jóvenes y a los niños hacia los cuales la comunidad es enviada.

No podemos pasar bajo silencio, aquí, la cuestión de la pastoral vocacional. En efecto, sólo una comunidad que respira el gozo de vivir juntos y la apertura generosa a los demás puede atraer jóvenes hacia ella. El papa Juan Pablo II decía: *"La vida religiosa será tanto más significativa cuanto más logre construir comunidades fraternas en las que se busca a Dios y se ama por encima de todo. En cambio, perderá su razón de ser cada vez que olvidará esta dimensión del amor cristiano que es la construcción de una "pequeña familia" con los que han recibido la misma*

llamada"³⁸. Enzo Bianchi observa que "un joven irá más espontáneamente a una comunidad donde se siente amado y donde percibe que podrá crecer en el amor"³⁹. Debemos hacer, de nuestras comunidades, unas profecías de comunión. El Señor añadirá luego aquellos a los que llama a esta vocación de Hermano, cuando querrá y como querrá. Pero, no nos quepa duda, los jóvenes no vendrán si no nos queremos como hermanos.

2 - Comunidad orante.

Amar así, sin acepción de personas, supone que la comunidad sea convocada por el Espíritu, y que se reúna para celebrar el Amor que la sostiene. No se insistirá nunca bastante sobre la importancia de la oración comunitaria cotidiana, una oración que reúne a todos los Hermanos.

Si un Hermano deja de estar regularmente presente en la oración comunitaria, sus cohermanos harán todo lo posible para invitarlo a que vuelva. La comunidad no debe permanecer inactiva. Debe pensar siempre que las cosas pueden cambiar, que una determinada actitud no es insoslayable.

Y los hermanos rezarán por este Hermano. Luego se interrogarán para encontrar la mejor manera de acercarse. Sin duda, habrá que reconciliarse en profundidad. A menudo lo que no se dice paraliza la confianza mutua y es fuerte la tentación de refugiarse en un rechazo a avanzar. Sólo la reconciliación entre hermanos permite la apertura del corazón. Hay muchas bendiciones del Señor sobre los Hermanos, cuando están reunidos en su presencia.

³⁸ Juan-Pablo II a los participantes en la Asamblea plenaria de la CIVCSVA, 20 de Noviembre de 1992.

³⁹ Enzo Bianchi, *L'entrée des jeunes dans la vie religieuse*, en Nouvelle revue théologique, oct. dic., 2007, p.612

Debemos agradecer a los Hermanos, en particular a los Hermanos de más edad, que se toman el tiempo gratuitamente ante el Señor, en el oratorio, durante el día, o cuando los otros duermen. Son el corazón de la comunidad. Son la roca sobre la cual se apoyan los demás Hermanos. Su presencia fraterna y su oración silenciosa son una gracia que nos procura muchos beneficios.

3 - Escucha silenciosa de la Palabra.

Una comunidad que escucha la Palabra y la pone en práctica es una comunidad que irradia luz. La oración de la mañana es un tiempo precioso en el que Jesús, Palabra del Padre, transforma misteriosamente los corazones mejor que un alfarero moldea su obra. Guardemos esta media hora, cuidémosla con esmero. Cada cual ayude al otro por la calidad de su silencio y de su escucha. El oratorio se convierte entonces en el Cenáculo donde los apóstoles reunidos con la Virgen María se dejan enseñar por el Espíritu. No añadamos nuestras palabras a la palabra del Señor. Dejémosle que se dirija a cada uno, en su lenguaje propio, aquel que conoce las entrañas y los corazones.

4 - Escucha comunitaria de la Palabra.

Vendrá luego el tiempo de la escucha comunitaria de la Palabra. Tiempo éste en que los Hermanos se ponen de acuerdo para compartir lo que Dios dice a cada uno. Y así, a lo largo del compartir, se va tejiendo una escucha común, la escucha del uno que afina la del otro para que unidos por un mismo Espíritu, los Hermanos dejen que Jesús se convierta en su común maestro.

Esta experiencia de puesta en común comunitaria de la Palabra de Dios es preciosa. Se vive enlazándola con la Eucaristía en la que comulgamos junto con el Verbo hecho carne, la Palabra del Padre que se convierte en alimento. Para este compartir, es bueno tomarse un tiempo distinto y quizás un poco más largo que el de la oración de la mañana. Son dos ejercicios espirituales

diferentes. El uno no reemplaza al otro. Los dos son una gracia para los discípulos, compañeros de camino en pos del Maestro.

La Lectio Divina llega a ser así un ejercicio que se inscribe en la vida entera. El tiempo que cada uno se esfuerza de dar a esta escucha personal y cotidiana de la Palabra permite que la oración de la mañana sea el lugar de la escucha serena de los movimientos de amor que el Espíritu inscribe en cada uno. Da así a la comunidad la gracia de vivir ratos de puesta en común más verdaderos cuando hay lectura y puesta en común comunitaria de la Palabra.

5 - Relectura comunitaria de la vida.

Más que hablar de evaluación de los proyectos decididos juntamente, ¿no podríamos comprometernos más bien en hacer, con mayor intensidad, una verdadera relectura de vida, la Lectio Vitae, comunitaria? Más que analizar el trabajo hecho en común, se trata de situarnos en una perspectiva espiritual. En definitiva, lo que hablamos en estas páginas nos sitúa en el marco de una misión vivida en el Espíritu. Evaluar la manera en que esta misión se vive, quiere decir abrirse juntos a los signos que el Señor dona, y a medir, ante las llamadas que se oyen, la autenticidad y la pertinencia de nuestras respuestas.

Este ejercicio que estamos invitados a hacer personalmente cada día, podría vivirse periódicamente juntos. Está claro que hay que prever el tiempo necesario para que no sea un compartir demasiado rápido. Exige que nos comprometamos, si queremos que nos traiga beneficios.

Animo a las comunidades que lo hacen ya, y a las que se sienten llamadas a ello, a que lo hagan con gozo. Su experiencia es una riqueza que puede ser provechosa para otros. Esta ayuda mutua, en Congregación ¿acaso no es una manera de vivir la comunión?

IV

A IMAGEN DE CRISTO CASTO.

Ciertas personas pueden preguntarse: "¿Cómo es posible que personas célibes hablen de amor?" y es posible que a veces haya Hermanos que se interroguen sobre este aspecto fundamental: ¿Soy capaz de amar? ¿Qué es lo que determina, de hecho, mi decisión a comprometerme de este modo? ¿Por qué no me he encaminado, yo también, por la vía del matrimonio? En ciertos momentos de la vida, es posible que surja este

interrogante. Puede hasta sacudir los cimientos de una vocación bien discernida en el momento de la formación inicial. Es oportuno, pues, recordar el origen y las motivaciones de esta opción tomada. Las palabras que siguen son una invitación hecha a cada uno para que reafirme su opción de vida y desarrolle, así, las riquezas de su personalidad en un amor vivido en la claridad y en el gozo. Es una necesidad para todos y para la vitalidad misma de nuestra Congregación. Enzo Bianchi afirma que *"Una comunidad religiosa puede adquirir una elocuencia que hará transparentar el mensaje del Evangelio de forma sencilla y directa gracia a la calidad humana de su vida común en el celibato, en el interior de una Iglesia super expuesta a los medios de comunicación, que se ocupa muy a menudo de las cosas ante-últimas y que ha secularizado o moralizado su mensaje"*⁴⁰.

A) LA OPCIÓN DEL CELIBATO CONSAGRADO.

Hay personas que han elegido el celibato por un ideal social, en nombre del servicio a la humanidad, a los pobres. Algunas apuntan hacia un ideal comunitario, sin referencia inmediata al aspecto religioso. Hay personas asimismo que por su historia personal, por problemas de salud, o por múltiples razones, se encuentran célibes y obligadas a asumir de por vida aquello que en un comienzo no era un proyecto querido.

Sin olvidar que estas personas pueden recorrer un verdadero camino de apertura a la gracia, estamos convencidos de que para nosotros, religiosos, un auténtico compromiso en el celibato no puede que fundarse en el Amor que es Cristo. El, Jesús, es el verdadero motivo de nuestro compromiso en el celibato consagrado.

⁴⁰ Ibid. p. 616

Los discípulos se han dejado seducir por su persona. Se han dejado arrebatar por su amor. Esta experiencia espiritual, que es única, los ha transformado. Pedro ¿acaso no ha sido tocado en la sima de su ser por esta interpelación de Jesús?: "Simón, hijo de Juan ¿me amas?"

Claro está que todos los cristianos están llamados a hacer esta experiencia del amor de Jesús, un amor que los alcanza personalmente. Son, claro está, cristianos como los demás que se dejan tocar por este amor hasta entregarse a él personalmente a través del celibato consagrado. Se sienten llamados a comprometer toda su vida hasta el punto que sólo en Él todo llega a tener sentido. Tienen la íntima convicción de que sólo en Él encontrarán su felicidad, su razón de ser y podrán vivir en plenitud. Este estado de vida alcanza un "sueño" interior, el sueño de una vida enteramente centrada en Cristo que moviliza todas las energías espirituales y humanas de la persona.

Se trata de una experiencia de amor. Como en el matrimonio, es posible decir que en el celibato consagrado hay una manera de amar que es exclusiva. *"El gran ideal social no bastará a dar toda su hondura a la vida religiosa si el amor de Dios, la experiencia de ser seducidos por él, no están presente en aquel o aquella que se compromete... Aquel que está arrebatado por el verdadero amor consagra a ello toda su vida y toda su persona. Es el reto de cualquier matrimonio y es también el reto de cualquier vida religiosa. Cada uno de estos compromisos en Iglesia... es una llamada a amar, y el voto de castidad, como el matrimonio, consagra el amor. Implica la opción por Dios como fin absoluto de la propia existencia, ofreciéndole todos los propios resortes, todo el propio ser, en pos de Cristo"*⁴¹.

En el corazón de la llamada que hemos recibido, hay un amor. *"Un amor me llama"* decía Teresita del Niño Jesús. Por

⁴¹ Yves Bériaut, o.p., Maestro de novicios

nuestro voto de celibato consagrado, manifestamos ante todos que hemos optado por Cristo como único compañero de camino. Nuestros Hermanos están a nuestro lado porque han respondido a la misma llamada. A su lado, recordamos que hemos sido elegidos, llamados por nuestro nombre. ¿Cómo, entre Hermanos, celebrar en el gozo este amor personal que une a cada uno de nosotros con el Señor? Me parece que los tiempos de retiro representan la cumbre de nuestros encuentros comunitarios. Y quizás, es justamente durante estos tiempos fuertes cuando captamos más profundamente hasta qué punto toda la vida de cada cual está íntimamente unida a Jesús. Cuando se viven bien estos momentos de retiro, el gozo se acrecienta, y es un gozo santo.

Quizás sea éste el gozo del que quiere hablar San Agustín cuando plantea la pregunta: "*¿Quién puede vivir sin afectos?*"⁴². Y sigue diciendo: "*¿Pensáis, hermanos, que quienes temen a Dios, honoran a Dios, aman a Dios no tienen afectos?*" A esto responde: "*Hay un goce el Señor que es el verdadero Shabat y el verdadero reposo...*".

La opción por el celibato es una opción de vida en vista de un amor más grande. Esta vida ofrecida será poco a poco transfigurada si nos pegamos al Señor con una voluntad sin tibieza, a pesar de las sequedades inevitables en todo amor que crece y madura. Uno de nuestros Hermanos mayores compartía con sus cohermanos, unos meses antes de morir, esta palabra de la bienaventurada Isabel de la Trinidad: "*Creer que un ser que se llama amor habite en mí en cualquier instante del día y de la noche, he aquí lo que ha hecho de mi vida un cielo anticipado*". ¡Ojalá lo experimentemos!

⁴² Comentario del salmo 76 en el que desarrolla su noción de deleite en Dios.

B) ¡SER HIJO Y HERMANO COMO JESÚS!

Desde sus 12 años de edad, Jesús decía a su familia terrenal: "*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?*" (Lc 2, 49). Jesús no puede darse totalmente a su Padre. Su identidad es ser Hijo. Es el Hijo mayor de una multitud de hermanos que son los bautizados. El celibato consagrado nos sumerge más profundamente en lo que constituye la identidad de Jesús. Su identidad llega a ser nuestra identidad. Nosotros somos los "signos" en la medida en que vivimos plenamente esta vocación que nos hace "hermanos" a imagen del Hijo predilecto.

El Hermano se consagra a Dios para la salvación del mundo. La vocación de hermanos es una vocación de "hijo enviado" para anunciar el Reino que viene, por medio de su vida más que por su palabra. El amor de su vida es el Padre, como Jesús que estaba totalmente dedicado al Padre. La divisa "Dios Sólo" asume, para el Hermano una dimensión singular. No tiene ni mujer, ni hijos. Está con su Dios, en medio de sus Hermanos. Es un hijo que echa los brazos en los brazos de su Padre, en Jesús el Hijo único. Por supuesto: cualquier cristiano es "hijo de Dios". Pero el religioso tiene por vocación el manifestarlo, ser testigo por un estado de vida específico marcado por los votos de obediencia religiosa, de pobreza evangélica y de castidad consagrada. Su oración, su latir silencioso y ardiente con el Señor, a la escucha de su Palabra, a menudo en la noche de la fe, son el manantial de fecundidad para su vida consagrada.

En definitiva, la identidad fundamental del Hermano, consiste en reproducir el estado de vida del Hijo, cuando estaba en la tierra. No es por esto más santo que los demás. Su santidad consiste en responder lo mejor posible a su propia vocación. Pero sólo crecerá en santidad en la medida en que vive plenamente aquello a lo que está llamado.

Cuando Jesús decía: “*Dejad que los niños vengan a mí*”, veía en ellos los signos vivos de la llamada de todos a ser hijos del Padre, a su imagen. Son, por decirlo así, lo que los religiosos deben significar a lo largo de toda su vida por la consagración religiosa: ser la señal de que todo hombre es amado y acogido por él mismo. Es por esto que los niños son nuestros hermanos y nuestras hermanas. Nosotros también somos "hijos", por un modo "nuevo" de existencia corporal inaugurada con Cristo. Por medio de nuestra existencia significamos aquello a lo que estamos llamados. Esto constituye el núcleo fundamental de nuestra identidad de hermanos, hoy como ayer, como lo será mañana.

C) DESPRENDERSE DE LA PROPIA VIDA PARA AMAR DE VERDAD.

El Evangelio nos provoca así a que pongamos, al igual que Jesús, las características propias de nuestro celibato al servicio de nuestra relación filial con el Padre, en el Espíritu, y de su relación fraterna con todo hombre, en particular al servicio de los pobres, de los pequeños, de los que no tienen poder.

Esto pide una vida de compromiso, pero también de sabiduría y de lucidez. Estamos en un mundo que no ayuda a vivir este tipo de vocación. Nos hace amar este mundo, pero sin ser sus víctimas. Debemos ser lúcidos de cara a nosotros mismos y sin cesar, interrogarnos sobre la coherencia de nuestra vida. Si no miramos a Jesús, cotidianamente, en la oración personal prolongada, no podremos reproducir su imagen. Si no nos tomamos un tiempo gratuito, como él, para estar con el Padre, para dejarnos hablar y para dejar transfigurar nuestro corazón, no podremos sentirnos realmente sus hijos.

En particular, los jóvenes nos miran más de lo que pensamos. Quieren ver dónde está nuestra dicha, nosotros que no

tenemos ni mujer, ni hijos. Sin confesarlo ni siquiera a ellos mismos, muy a menudo, tratan de saber cuál es el amor que nos hace vivir. Se interrogan sobre el origen del gozo que nos habita. ¿Sabremos darles a conocer la fuente de este gozo? Si no nos ven contentos de vivir, ¿cómo podrán descubrir a Aquel que les ama?

Quisiera dirigirme a cada Hermano, personalmente, y preguntarle: ¿Cuál es "el amor" que llena tu vida? ¿Puedes responder de verdad a esta pregunta?

Ama a Jesús. Antes de querer llevar el Evangelio a los jóvenes, trata de pegarte a él con todo tu corazón. Al igual que él, ama al Padre. El Espíritu te llevará por un camino de luz, de paz y de felicidad.

No te dejes llevar por los ídolos. Sé vigilante. Hay tantas y tantas desilusiones que te esperan si no tienes las ideas claras sobre tu voto de celibato consagrado. No juegues un doble juego. Orienta tu mirada, y sobre todo tu corazón, sobre la luz que no defrauda. Si quieres realmente seguir a Jesús, no te pegues a los falsos dioses que matan la esperanza y el amor. No temas, por amor, desprenderte hasta de lo que parece bello. Al igual que Jesús, que se desprendió de su vida por amor. Si lo entregas todo, tendrás el verdadero gozo. Si no das todo, no encontrarás la felicidad de amar. Darse de por vida en el celibato consagrado quiere decir caminar hacia el martirio. ¿Estás decidido? ¿No ves, acaso, que allí está tu felicidad?

CONCLUSIÓN.

María es el testigo y el modelo de un corazón de donde brota el amor fraterno.

"El que es bueno, de la bondad que almacena su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal" (Lc 6, 45). María es este corazón, plasmado por el Espíritu, que aporta al mundo tesoros de paz y de amor.

Con María, aprendamos a conocer a Jesús, y a recibir sus Palabras de vida. Y así, cuando enseña a sus discípulos a decir "Padre nuestro", la oración por excelencia de los hermanos, María se une a ellos y por su ejemplo, los ayuda a vivir en lo cotidiano, el compartir entre los hijos de un mismo Padre y el perdón sin cesar renovado que afianza los lazos de comunión fraterna.

María está en el corazón de nuestra vida fraterna, como ella está presente en lo que hace nuestra misión. Ella educa nuestro corazón a la bondad y a la mansedumbre sin las cuales no es posible una vida comunitaria que se irradia. Y es asimismo la guardiana de nuestra fraternidad si nos confiamos a ella.

Cuando corre hacia Isabel su prima, es un amor lo que la impulsa. Su única inquietud: servir. María no quiere ser servida. Es la humilde sierva del Señor; se inclina hacia nosotros para socorrernos.

Retomando las palabras de Pablo sobre la caridad, podemos decir de María que es servicial, que no busca su propio interés,

que no se irrita, que no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre. (cf 1 Co 13, 4-7).

Cuando María saluda a Isabel, Juan Bautista salta en su seno, y se llena de Espíritu Santo, nos dice el evangelista Lucas. Y María canta: "Proclama mi alma la grandeza del Señor...".

Con María, aprendemos que el amor gratuito hace florecer los dones del Espíritu. La fraternidad vivida en el servicio mutuo suscita los frutos del Espíritu. Un corazón que se inclina hacia el hermano en necesidad es un corazón que canta en el Espíritu.

Tú buscas el gozo, da tu tiempo a aquel no lo tiene. Quieres la felicidad, dónala a los que la buscan. Y en todo da gracias a Dios. Con María canta: "Proclama mi alma la grandeza del Señor...".

"Los que tienen caridad han nacido de Dios; los que no la tienen no han nacido de Dios. He aquí la señal, el gran principio de discernimiento. [...] He aquí la perla preciosa, la caridad, según la cual todo lo que puedes tener no te sirve para nada y que, ella sola, te basta"⁴³.

Tal es la gracia de ser **H**ermano.

Hermano Yannick Houssay, s.g.

El 25 de Enero 2008

Fin de la semana de oración por
la Unidad de los Cristianos

⁴³ San Agustín, Comentario de la primera carta de san Juan 5, 7, citado en *Le bonheur d'être chaste*, por un Cartujo, Presses de la Renaissance, p.188 - 2004

